

ALEXANDER MAKSIK

NO TE MERECEES NADA

Traducción de
Santiago del Rey

m...
miscelánea

A mis padres.

Y a la memoria de Tom Johnson.

No quiero escoger entre el lado correcto
y el lado equivocado de este mundo,
y no me gusta que haya que escoger.

ALBERT CAMUS

GILAD

24 años

Vives en un sitio y, en un abrir y cerrar de ojos, vives en otro. No es nada complicado. Subes a un avión y te largas. La gente siempre está hablando de su hogar. De su casa, de su barrio. En las películas no paran de decir de dónde son, de dónde han venido. Siempre salen esas cosas en las películas. La calle. La manzana. El restaurante. Películas italianas. Películas de negros. Películas judías. Sea en Brooklyn, o sea donde sea.

Pero yo nunca he tenido nada parecido. El espíritu de las calles no corre por mis venas. Nunca he llegado a amar una casa. Así que todo ese rollo de nada-como-el-hogar ni me llega ni me dice nada. Que estés viviendo en un sitio y luego, en cuestión de horas, puedas estar en otro es lo que me viene a la cabeza cuando pienso en el hogar. Te levantas, te dedicas a lo tuyo, comes, te vas a dormir, te levantas, comes, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado. Y siempre lo mismo durante días, meses, años. Y un día, de golpe, ya no estás allí.

La gente siempre dice que debe de ser muy duro mudarse de un sitio a otro. No lo es.

Cuando llegué aquí tenía diecisiete. Nos trasladamos desde Riad, donde habíamos pasado casi dos años. Tuve tres semanas para recoger mis cosas, para «prepararme». Eso es de mi padre.

Tres semanas para «prepararme». No sé qué querrá decir, la verdad. Me costó una hora preparar mis maletas. En el colegio no le dije a nadie que me iba.

Acabó el curso, me entretuve unos días en la piscina y luego nos subimos a un avión y nos largamos. Así fue. No sentí nada en especial. Solo me asombró una vez más que todo un mundo pueda desaparecer así como así, que una vida se convierta en otra vida se convierta en otra vida se convierta en.

Y entonces vinimos a París.

Vivimos en Dubái, Shanghái, Tokio, Kuala Lumpur, Seúl, Jerusalén y Riad.

Y luego vinimos a París. Y París fue distinto porque resultó ser el último sitio al que nos trasladamos como una familia. Y el último que me fue impuesto.

WILL

38 años

El optimismo, la sensación de expectativa y de posibilidades abiertas, llega al final de agosto. Bolígrafos nuevos, novelas sin subrayar, libros de texto recién salidos de imprenta y todas las promesas de un año mejor. El momento de la reflexión no es en enero, sino en junio. Ha pasado otro curso, los alumnos se han ido, los pasillos están desiertos. Te quedas allí solo. El silencio de un colegio en verano es como el de un hotel clausurado en invierno, como el de una biblioteca recorrida de noche por fantasmas.

Hay una rápida desintegración. Suena la campana y todo estalla en la luz resplandeciente del día. Sales al sol, totalmente deslumbrado.

Las ventanas están abiertas. Me quedo en un rincón del aula. La brisa de junio mece los álamos al fondo del campo. Reina el silencio en los pasillos; los alumnos han ido al auditorio.

En las paredes hay quince retratos de la familia Bundren; un póster publicitario de un viejo montaje de *Macbeth* de la Royal Shakespeare Company; la fotografía de Cartier-Bresson de Jean-Paul Sartre con Jean Pouillon en el Pont des Arts. También hay

otra de Sartre en el Café de Flore, la fotografía de Camus fumando un cigarrillo, un cartel antiguo de *La leyenda del indomable* y otro del estreno de *After Hours*. Están Tommie Smith y John Carlos en el podio olímpico, con la cabeza inclinada y los puños alzados. Laurence Olivier en el papel de Hamlet, un tablón de anuncios cubierto de poemas y Hemingway con Sylvia Beach frente a la librería Shakespeare and Company.

Hay un escritorio metálico en la parte delantera de la clase. Gastado y hecho polvo, como todo lo demás. Unas pesadas cortinas verdes cuelgan de una vieja barra con polea, inservible desde hace mucho. Fluorescentes, moqueta marrón raída. Todo de ese estilo característico de las escuelas públicas estadounidenses de los setenta: vulgar y andrajoso.

Hay dos pisos idénticos, con largos pasillos flanqueados de aulas y casilleros metálicos. Una verja negra rodea todo el colegio. Una vez cruzada, podrías estar muy bien en Phoenix.

Con la brisa que circula, la clase está fresca. Al cabo de pocas horas los edificios se vaciarán de alumnos; con ellos se llevarán todo el bullicio y la comedia. Todo ha concluido: los exámenes están corregidos y los informes definitivos redactados.

Último día de colegio. Devolvemos los exámenes finales. Nos despedimos. Recogen todas sus cosas, llegan los autocares y el desvencijado edificio se sume en el silencio.

Estoy esperando a mis alumnos de segundo curso. Hay clases como esta: estudiantes llenos de gracia, amabilidad e inteligencia agrupados durante un año. Llegan y te das cuenta. Os convertís en una familia. Es como una aventura amorosa.

Ahora salen a borbotones del auditorio, en la otra punta del colegio, después de la sesión de clausura. El señor Spencer ya les ha deseado que pasen un buen verano. Les ha leído algo: una cita,

algún poema que le ha parecido inspirador. El señor Goring se rasca la nuca mientras repasa el programa del día. Les recuerda que las taquillas han de quedar vacías. «Habrá cubos de basura en todos los pasillos. Usadlos, por favor. Respetad el colegio. No corráis. Por favor, nada de carreras.»

Liberados al fin, van llegando por el pasillo. Algunos saludan con la mano al pasar junto a mi clase.

—¿Qué tal, señor Silver?

—Que pase buen verano, señor Silver. No abuse de la juerga.

Julia entra en el aula recogándose en una cola su ensortijado pelo rubio.

Es la primera.

—Último día de colegio —digo.

—¿Ah, sí? ¿De veras? —Pone los ojos en blanco.

—Eso me han dicho. Qué triste.

Asiente.

Voy a sentarme a mi escritorio y busco en el montón de exámenes hasta encontrar el suyo.

—Bueno —digo.

—Bueno. Escuche, señor Silver. Voy a echarle de menos este verano y quiero que sepa que me ha encantado su clase y que lo considero un gran profesor. —Se sonroja—. Así que... gracias por todo. Usted, bueno, ha cambiado mi vida este año.

—Gracias, Julia. A mí me ha encantado tenerte como alumna.

Baja la vista al suelo.

Steven Connor entra justo entonces, pavoneándose —bajito y fanfarrón como es— y sacando pecho.

—¡Señor Silver! —dice, tendiéndome la mano, todo un pequeño ejecutivo—. Encantado, señor Silver. Ya sabe que voy a echar de menos esta clase, colega. ¿Por qué no enseña en tercero? Vaya mierda. ¿Qué demonios voy a hacer el año que viene?

Ladea la cabeza y me mira a los ojos. Nos damos la mano. Entonces se fija en Julia.

—Un momento... ¿No estaré, digo, interrumpiendo algo?

Julia suelta una risita.

—No, Steve.

Mazin, un jordano delgado y sonriente, entra corriendo y me echa los brazos al cuello.

—Jo, señor Silver. O sea, colega. ¿Qué vamos a hacer este verano? Yo voy a echar muchísimo de menos esta clase, tío. Pero, bueno, va a venir a mi fiesta, ¿no? ¿Tiene la invitación?

—Iré, sí. Allí estaré. El domingo por la noche, descuida.

La clase se llena poco a poco.

Me siento, como siempre, en el borde del escritorio. Echo una ojeada alrededor y los miro abiertamente. Esperan algo de mí, una especie de conclusión, unas palabras de final de curso.

Me aparto del escritorio, irguiéndome bien.

—Último día de colegio. Solo quedan unos minutos de nuestro año juntos. Tengo vuestros exámenes y os los repartiré antes de que salgáis, pero primero deseo deciros unas cuantas cosas. Quiero que sepáis que no me toca a menudo una clase como la vuestra. He tenido mucha suerte este año. Sois unos alumnos excepcionales. Habéis sido sinceros, amables, divertidos, osados, abiertos y generosos. Habéis puesto pasión e interés, y habéis venido día tras día dispuestos a tomar en consideración todo lo que os he dicho. Mi sueño como profesor ha sido siempre entrar en mi aula y participar en un debate inteligente y emocionante sobre literatura y filosofía. Formar parte de un grupo de gente dotada que se reúne para hablar de las cosas bellas, de las cosas difíciles y desagradables. Vosotros habéis sido ese grupo. Os estoy agradecido. Me habéis recordado por qué estoy aquí y me ha encantado daros clase.

Julia empieza a llorar. Mazin clava la vista en el pupitre.

—Sabéis lo que considero importante. Sabéis lo que voy a deciros sobre vuestras decisiones, sobre vuestras vidas, sobre el tiempo. Recordaréis, espero, los debates que mantuvimos sobre la *Oda a una urna griega*, escrita... ¿por quién, Mazin?

Una larga pausa.

—John Keats, señor Silver —dice con orgullo.

—John Keats. —Le sonrío—. Olvidaréis la mayor parte de lo que hemos hablado en esta aula. Os olvidaréis de Wilfred Owen y de *Las uvas de la ira*, de Thoreau y Emerson y Blake, y de la diferencia entre romance y romanticismo, entre romanticismo y trascendentalismo. Todo se convertirá en un vago recuerdo, en un borroso torbellino de información que se añade a la creciente masa de conocimientos de vuestro cerebro. Está bien. Lo que no debéis olvidar, sin embargo, son las preguntas que estos escritores os obligaron a plantearos: preguntas sobre el valor, la pasión y la fe. Y no olvidéis esto.

Me detengo. Hay un gran silencio. Procedente del pasillo se oye el portazo de una taquilla. Las clases se han abreviado hoy y sé que la campana sonará enseguida. Los miro. Creo todo lo que he dicho, pero la enseñanza tiene también un lado teatral.

—¿Qué? —pregunta Stevens—. No queda tiempo, colega. ¿Qué? ¿No olvidéis, qué?

—«Esto.» No olvidéis la sensación. Nosotros aquí. Lo que ha sucedido en esta clase. Lo mucho que habéis cambiado desde que cruzasteis esa puerta, idiotas como erais, nueve meses atrás.

Se echan a reír.

—Gracias. Gracias por todo.

Hay un instante de silencio y luego, como si estuviera preparado, suena la campana.

Se quedan sentados en su sitio. Los demás alumnos ya están en el pasillo. Resuenan las puertas de las taquillas. Tomo los exá-

menes y voy diciendo sus nombres. Me abrazan. Mazin primero. Aprieta la cabeza contra mi pecho. Me dan las gracias. Me desean buenas vacaciones. No puedo hablar. Desfilan hacia el pasillo y desaparecen en el resplandor del verano.

Ha sido, creo, mi mejor año.

Esa tarde hay una barbacoa para el profesorado. Mesas en la hierba. Un altavoz con música disco mala en plan irónico. El tipo de temas que los profesores no debieran escuchar en el colegio. En ninguna parte. Champán en vasos de plástico.

Desde la ventana de mi despacho los veo congregarse alrededor de la mesa de entremeses. Jean-Paul, el encargado de la cafetería, deambula sonriente con una bandeja de *kirs*. Me resisto a bajar las escaleras y cruzar el césped hasta el lugar de la fiesta. No quiero fingir que me importa qué van a hacer este verano. No quiero beber champán barato y sonreír. No quiero jugar al fútbol. Así que me quedo en el despacho y despejo mi mesa. Archivo papeles: notas de los estudiantes, de los padres, artículos que quiero guardarme, poemas, relatos. Tiro viejos cuestionarios, cartas del consejo escolar.

Cuando he despejado mi mesa —los bolígrafos en su taza, los libros alineados en los anaqueles, los cajones vacíos— salgo del despacho y voy hacia las escaleras. No queda nada que hacer: ninguna clase que preparar, ni trabajos que calificar, ni nadie que necesite charlar conmigo.

Los pasillos están en completo silencio. Los últimos autocares han salido ya del aparcamiento llevándose a los alumnos. Hay papeles y bolígrafos por el suelo, cubos de basura rebosantes, un montón de ropa olvidada, un almuerzo pasado pudriéndose en su envoltorio de papel, un ejemplar de *El guardián entre el centeno* con la tapa arrancada.



Más tarde, me siento con Mia en la hierba y bebemos champán. Ella me pasa su vaso y alza los brazos. Liberado de las horquillas, el pelo se le derrama por la espalda. Es castaño claro, aunque ahora, a la luz del sol, es casi rojo. Mia, tan serena aquí, tan segura de sí misma, y tan desorientada en la ciudad.

Su rostro relajado se contrae entonces, adopta un aire ceñudo, y raramente se le acerca nadie mientras permanece sola en un café. Solo se dirigen a ella los desconocidos más descarados, que suelen ser los menos atractivos. La asustan y ofenden esos hombres que creen que una mujer guapa está obligada a sonreír, como si le debiera su belleza al mundo.

Incluso cuando lleva el pelo recogido con horquillas, siempre se le suelta por algún lado y le quedan mechones colgando por el cuello, bailándole sobre la mejilla.

Nos hemos quitado los zapatos. Ella está echada hacia atrás, con los codos en la hierba.

—Bueno, se acabó el curso.

—Gracias a Dios —dice, sin abrir los ojos—. Estoy agotada. ¿Y tú?

—Exhausto. Pero ha sido un buen año y estoy triste. Echaré de menos a esos chicos. A muchos.

—Ellos te adoran. Les cambias la vida. —Se ríe—. Eres un transformador de vidas.

Meneo la cabeza.

—Sabes bien que es verdad —insiste—. Te adoran. Eres un personaje de culto.

Justo entonces se acerca Mickey Gold moviéndose pesadamente. Cerca de setenta, cara enrojecida, un monigote de tira cómica: enorme de cuerpo y de aspavientos. El tipo de hombre que más bien esperarías encontrarte en el mostrador de una agencia de

talentos de Queens. Pero resulta que se ha pasado aquí los últimos treinta años, dando clases de biología, a consecuencia de lo cual se ha vuelto medio loco.

A diez metros de distancia, nos grita:

—¡Mia, Will! ¿Otra copita, a que sí?

Lo repite, lo canturrea. Se acerca con una botella de champán que ha birlado del bar. Mia y yo nos miramos un instante. Mickey me cae bien. Es un tipo exótico aquí, no tiene nada de francés, carece de sutileza y, en apariencia, de sentido del ridículo. Desaliñado, tosco, ruidoso. Y sin embargo, habla el francés con fluidez y puntúa sus frases inglesas con unos *ouis* muy enfáticos. Su presencia me impone y me incomoda.

Se aposenta lentamente en la hierba, frente a nosotros. No es una maniobra fácil. Es un hombre alto —metro noventa— y con una barriga considerable. Le da unas palmaditas en la rodilla a Mia y dice:

—Otro año más al carajo.

Ella no le ha dirigido la palabra desde la ceremonia de premios al mérito académico celebrada dos semanas atrás, cuando Mickey se puso de pie, subió al estrado y dijo:

—Este año voy a darle el premio a una joven damisela que, además de ser una excelente escritora y una bióloga en ciernes muy dotada, resulta que huele como una rosa.

Mia, sentada a mi lado en el auditorio, dejó escapar un gemido y se tapó la boca con la mano.

—Es una joven —prosiguió él— a la que veía cada día con alegría y cuya ausencia en clase siempre me entristecía un poco. No tengo cada año la suerte de darle clases a una joven cuyas dotes van a la par con una cinturita tan deliciosa. Belleza y cerebro. Personalmente, ardo en deseos de ver en qué llega a

convertirse. Este año el premio corresponde a Colette Shriver.

Colette, ruborizada, caminó hacia el estrado. Para su gran consternación (y la de Mia) resultó que ese día llevaba una camiseta blanca corta, lo bastante corta como para que se le viera el estómago, con un arito de plata en el ombligo. Mickey sonreía en el estrado con los brazos abiertos, aguardando para abrazarla y darle un beso en la mejilla. Ya alzaba la nariz, dispuesto a aspirar su fragancia de rosa.

Pobre Colette, mortificada y fugazmente tragada por los poderosos brazos de Mickey. Obligada a recorrer el auditorio sin prestar atención a los susurros insinuantes de los chicos sentados junto al pasillo. «Venga, Colette, pégale un morreo.»

—¿Reducir todo el mérito académico a su cintura? ¡Es un profesor! Qué asqueroso.

Estábamos almorzando juntos, hablando en voz baja en un rincón de la cafetería. Sonreí.

—¿Cómo? ¿Te parece divertido?

—No se da cuenta. Está en la luna.

—Eso no es excusa. Vamos, Will. Es un profesor. Tú sabes que lo que dijo es horrible. No tiene gracia. Es un profesor. No deberías tomártelo tan a la ligera.

—¿Cómo he de tomármelo? Él no va a cambiar, lleva treinta años dando clases. Es inofensivo, nadie se lo toma en serio; los chicos, más bien, lo adoran. Les parece desternillante. Y también lo consideran un buen profesor. No representa una amenaza para nadie.

Mia puso los ojos en blanco.

—Claro que es una amenaza. Claro que es dañino. No puedes disculparlo sin más porque es viejo o porque lleva treinta años haciendo lo mismo. Sea cual sea el mérito del trabajo de Colette, él le quita toda la importancia con su actitud. Sencillamente no te pones a elogiar el cuerpo de una adolescente de-

lante de todo el colegio en una jodida ceremonia de premios al mérito académico, ¿vale?

—Tienes razón, desde luego. Pero aun así...

—No.

Ella había ido levantando la voz, y un grupito de chicas, unas mesas más allá, empezaron a mirarnos y a cuchichear.

A menudo nos sentábamos juntos en la cafetería. Inclclinados sobre la mesa, hablábamos de unas cosas y otras en confianza. Ambos éramos jóvenes y reconocidamente solteros. Aquellas conversaciones no hacían más que fomentar los rumores de una aventura secreta. No era infrecuente que alguna alumna descarada de primero levantara la mano y preguntara, entre risitas, cuando íbamos a casarnos la señorita Keller y yo.

Bajé la voz.

—Escucha, ya comprendo que lo que ha dicho era inapropiado. Todo eso te lo acepto, pero ¿no le ves la gracia?

—Es esta actitud la que le ha dado alas para hacer esa clase de comentarios. Nadie dice nada. Se le tolera como a un tonto. «Es solo Mickey. Es inofensivo.» Por eso sigue haciendo observaciones sobre el físico de sus alumnas y husmeando sus perfumes. No me parece encantador. En absoluto. Que sea un viejo que ha perdido el mundo de vista no lo arregla.

—¿No puedo sentirme ofendido y divertido al mismo tiempo?

Mia soltó un bufido, frustrada. Este tipo de cosas eran siempre una fuente de tensiones entre nosotros. Ella se sentía ofendida con demasiada facilidad y arrastraba la ofensa durante días.

Así que ahora, cuando Mickey se aproxima de forma inesperada y aterriza a nuestro lado, Mia se queda de piedra.

—Directamente al carajo. Los años van pasando como si

nada —dice, llenando mi vaso. Inclina la botella hacia Mia, que ha tapado el suyo con la palma de la mano—. ¿Mia?

Ella menea la cabeza sin decir palabra. Si Mickey percibe el desaire, no da muestras de ello.

—Bueno, ¿y qué grandes planes hay para el verano? ¿Vais a algún sitio interesante?

Incapaz de soportar el silencio de Mia, respondo:

—Me voy a Grecia hasta mediados de agosto. Y tú, ¿qué piensas hacer, Mickey?

—¿Conque Grecia, eh? Fantástico, fantástico. Yo estuve en Grecia hará, no sé, unos veinte años. Conocí a una chica sueca. Dios mío. Vaya cuerpo. ¿Las islas, no? ¿Irás a las islas?

—Santorini.

—*Oui*. He estado allí. *Très beau*. Pero las chicas están en Míkonos, amigo mío. Todo el mundo va desnudo. Mujeres desnudas y homosexuales. Una ecuación prometedora. Te diría que vayas a Míkonos. A ver qué pasa. Encuentras a una chica... No está mal. No es mala manera de pasar el verano. ¿Mia? ¿Algún plan?

Pero ella ya se está levantando. Se calza las sandalias y se aleja. Mickey me mira a mí, buscando una explicación.

—Deberías preguntarle tú.

—Está bien. Uf, mujeres. Me voy a ver si la pillo. Que pases un buen verano, Will. Míkonos. Te lo digo, montones de chicas. Cuídate, ¿eh?

—Claro. Y gracias por el consejo, Mickey. Que pases también un buen verano.

Se incorpora entre gruñidos y se va a buscar a Mia. Ella lo rehúye y al final se las arregla para dar un rodeo y volver a mi lado. Yo le sonrío.

—Eres una mala persona —dice, perdonándome.



Mia y yo juntos, en el *métro* hacia casa, con viejas bolsas de la compra amontonadas en los asientos de enfrente. Están llenas de regalos de fin de curso: botellas de champán del bueno, una corbata, una bufanda, chocolate, colonia, perfume, velas. El vagón va casi vacío.

—¿Irás el domingo?

—Se lo he prometido a Mazin.

—¿Podemos ir juntos?

No es capaz de decir: «Vayamos juntos» o «Entonces vamos juntos». No puede permitirse tal desenvoltura. Por temor a abusar de la confianza mantiene cierta cautelosa formalidad.

—Obviamente. Vamos juntos. ¿Has visto la dirección? Quai de la Tournelle. Será de lujo.

—¿Tú crees?

—Seguro.

El *métro* para en Saint Paul y Mia recoge sus cosas.

—Bueno, nos vemos en la ceremonia de graduación, ¿no?

Yo continuo, hago transbordo a la línea cuatro en Châtelet, me bajo en Odéon, cruzo el Boulevard Saint Germain y recorro la Rue de Seine. Paso frente al bar Du Marché. Está atestado de gente, de turistas sobre todo, que se sientan al sol en la terraza a beber cerveza a un precio exorbitante. Emprendo el largo ascenso a mi piso: ciento setenta y siete escalones. Hoy, la escalera parece especialmente empinada y tortuosa, cargado como voy con todas las bolsas.

Llego arriba por fin. Una gran chimenea, una cama amplia en un altillo al que se accede por una escalera de mano y una ventana que da a la calle. Dentro de unas horas, el sol arrojará un gran rectángulo de luz en el suelo.

Ahora ya está bastante bajo y la torre Eiffel se perfila contra el cielo hacia el oeste. Distingo la cúpula dorada del Institut de France. Hacia el sur, el oscuro domo del Palais du Luxembourg. Abajo, los cafés se ven llenos. En la casa de enfrente, la ventana

de Pauline está abierta. Su novio, Sébastien, lava los platos con el torso desnudo. Un alsaciano blanco duerme tirado al sol frente a la carnicería Claude et Cie. Más abajo, en la Rue de Buci, el chuchito canijo de color marrón monta guardia frente al café Conti. Permanezco asomado, sintiendo cómo el verano se despliega ante mí. Esa sensación de libertad tan familiar. Un sentimiento de liberación inextricablemente unido a la infancia, al hecho de haber sido yo mismo un estudiante.

Pauline entra en la cocina y le da un beso a Séb en el hombro. Me ve en la ventana, me saluda y se vuelve para rodearle la cintura con los brazos.

Mientras los observo, me imagino a Isabelle: los dos aquí de pie, contemplando los tejados, con su espalda cálida pegada a mi pecho y la brisa fresca entrando por la ventana.

Solía pensar en ella a menudo. Le hablaba mientras lavaba los platos después de cenar. Cuando hacía frío y la calefacción aún no funcionaba, me llevaba algunas mantas más a la cama y fingía abrazarla. Por la noche, llegaba a casa y revisaba los mensajes del contestador. Escuchar su voz era como dejarla suelta por la habitación. Preparaba la cena hablando con ella.

—Córtala bien fina —decía—. Tan fina que se deshaga.

—Ya. Me lo has dicho mil veces.

—Mi madre cortaba así la cebolla.

Pero no volví a llamarla.

Ella paró de dejar mensajes. Su voz ya no estaba presente.

Pero aún había días en los que aparecía ante mí mientras estaba junto a la ventana; casi lograba recordar su olor.

Domingo. En la calle hay mujeres de aire altivo por todas partes. El bar Du Marché está a rebosar, la gente espera de pie a que se desocupe una mesa. Cruzo el Boulevard Saint Germain a paso

ligero, esquivo a una mujer en Vespa. Ella sonríe. Bajo las escaleras en Od on y al cabo de cinco minutos estoy en el *métro*.

Cuando llego a la verja del colegio, ya hay gente api n ndose en la entrada. Padres, abuelos, familias procedentes de todo el mundo: todos engalanados para la ceremonia con vestidos veraniegos, con sombreros y trajes, y armados con videocámaras. Mientras me abro paso entre ellos, escucho hablar francés, árabe, alemán, coreano, italiano. Pero en el patio, y luego en el vestíbulo, donde aguarda la mayoría, se oye sobre todo inglés, acentuado y puntuado con esos otros idiomas.

Justo cuando a voy a coger una copa, Mazin me agarra y me levanta del suelo.

—Colega.

—Colega —le digo—, su ltame.

Me suelta, riéndose, y retrocede con una mano en la barbilla, como examinando un cuadro.

—Bonita ropa.

—S , señor. Prohibido tocarla.

—He de sacarme una foto por, hummm, millonésima vez con mi hermano, pero nos vemos esta noche,  no? Fiesta *chez moi*.

—All  estar , Maz.

Se inclina y me susurra al oído:

—Jo,  ha visto a Carolina? Colega...,  esa chica est  de muerte!

Meneo la cabeza.

—L rgate, Mazin.

Esa noche, mientras Mia y yo recorr amos el Quai de la Tournelle, soplaban un fuerte viento del norte.

Llegamos a un edificio de aspecto impecable. Sonaban risas en el balcón, justo encima de nosotros.

Introduje el código y empujé la pesada puerta de madera. En cuanto se cerró a nuestra espalda, desapareció el ruido de la calle y accedimos a un espacioso patio. Yo había pasado durante años por delante de ese edificio sin fijarme siquiera. Y ahora, gracias a un código mágico, tenía delante un patio immaculado, con un parterre de rosas y una fuente murmurante.

Al llegar a las puertas de madera tallada, pulsé un botón plateado. Nos abrió una mujer alta, con una cabellera oscura por los hombros. La madre de Mazin. Iba con un vestido negro de satén y con un ancho brazaletes de oro labrado.

Nos besó a los dos; aunque nunca nos habíamos visto, sabía quiénes éramos.

—Bienvenidos, bienvenidos —dijo, haciéndonos pasar al enorme piso. Se oían voces y tintineo de copas al fondo.

—Ustedes han hecho mucho por nuestros hijos. Nos llena de alegría tenerlos aquí. Por favor, coman algo y tomen una copa de champán.

Había muchísima gente: alumnos, padres, amigos, parientes. La mujer nos guio por un amplio pasillo que cruzaba el piso de parte a parte. Habían montado el bar junto a la pared y un francés muy pomposo con esmoquin se ocupaba de servir el champán. Cuando llegamos a la barra, llenó dos delicadas copas de Krug y nos las ofreció.

Sonó el timbre.

—Disculpen, por favor —dijo la madre de Mazin.

Frente a nosotros había un espacioso comedor con una gran mesa con manteles blancos cubierta de bandejas y bandejas de comida libanesa. Detrás, una serie de puertas cristaleras que llegaban al techo se abrían a la terraza. Afuera había gente de pie charlando, fumando o apoyada en la barandilla, contemplando entre las ramas de los plátanos el río y, más allá, la Île Saint Louis. En el puente, un hombre afinaba una guitarra.

—Joder —murmuró Mia. Entonces entró Mazin en el comedor, con un traje demasiado grande para su físico más bien flaco y con todo el aspecto de estar borracho. Su rostro se iluminó.

—¡Señor Silver! ¡Señorita Keller!

Le dio un beso a Mia y, cuando yo ya le tendía la mano, me miró apenado, me apartó la mano y me dio un abrazo.

—Colega, usted ha cambiado mi vida —me dijo—. Nosotros nos abrazamos.

—Bonito piso tenéis aquí —dijo Mia.

—Es una locura —susurró—. Venía incluido con el traslado. A mí casi me da vergüenza, así que hablemos de otra cosa, por favor. ¿Tienen hambre? La comida es impresionante. Toda de Diwan. ¿Conocen Diwan?

Desde el bufete vimos un vasto salón, con un gigantesco espejo de marco dorado sobre la chimenea, varios sofás suntuosos y una mesita de cristal. Los techos, muy altos, estaban decorados con intrincadas molduras. Había un montón de alumnos allí. Algunos se pusieron en guardia al vernos y ocultaron sus copas, pero la mayoría sonrieron y nos saludaron.

Al otro lado del salón, con un codo apoyado en la repisa de la chimenea, Mike Chandler charlaba en francés con el padre de otro alumno. Mia y yo nos sentamos en dos grandes butacas de cuero. Observé a Mike: sus gestos, su expresión seria, su aplomo, su manera de sujetar la copa por el pie. No había nada artificioso en él, ni el menor atisbo de la pose del adolescente haciéndose el adulto. Él era así de nacimiento.

Los chicos como Mike Chandler, que manejaban con fluidez varias lenguas y culturas, que se movían con tanta naturalidad en pisos exquisitos y fiestas sofisticadas, que pasaban de un país a otro y trataban con adultos o adolescentes con la misma facilidad profesional, no eran la norma en la ISF.

La mayoría de ellos habían sido arrancados de una base de la Fuerza Aérea en Virginia para ser depositados sin más en París, de modo que acusaban el cambio y se negaban a adaptarse. El traslado no hacía más que reforzar su fe en la ideología conservadora norteamericana. Se revolvían contra Francia. Su rebelión se convertía espontáneamente en un firme rechazo a su nuevo hogar y a todo lo francés. Sus familias solían comprar la comida en el economato de la embajada estadounidense. Y ellos volvían de un viaje de fin de semana hablando muy excitados del Taco Bell o el Burger King que habían descubierto en Ramstein.

Pero no eran de ese tipo los chicos que había allí; y mientras echaba una ojeada por el salón, me sentí orgulloso de ellos por su aparente sofisticación y también de mí mismo, por haber llegado a formar parte de un mundo que antes me era completamente ajeno.

La madre de Mazin pasó un momento y trató de convencer-nos para que fuéramos a bailar. Rechazamos la invitación, pero, a la segunda ronda, tomó a Mia de la mano y se la llevó.

Al quedarme solo, terminé de comer y salí a la terraza. Ariel Davis y Molly Gordon estaban apoyadas en el pretil.

—Hola, señor Silver —dijo Molly.

Ariel sonrió. Puse los codos en la barandilla y miré la calle.

—¿Tiene planes para el verano, señor Silver? —dijo Molly.

—Me voy a Grecia. ¿Y tú?

—Me quedo aquí.

—Yo estaré en su seminario el próximo curso —dijo Ariel, encendiendo un cigarrillo. Me miró mientras se repasaba el pelo negro con los dedos.

—Estupendo —dije.

—¿Va a salir con nosotros esta noche, señor Silver? —me preguntó Ariel, contemplando la calle.

—¿Salir? ¿Adónde?

—Vamos a Star and Stripe.

—Vamos todos —dijo Molly—. Tiene que venir. Traiga a la señorita Keller.

—¿Usted sale mucho, señor Silver? —preguntó Ariel.

—Ahora mismo estoy saliendo.

—Buena respuesta. —Volvió a sonreírme.

—¿Va de bares y tal? —preguntó Molly.

—No, normalmente me quedo en casa, tomando té y leyendo

Los cuentos de Canterbury.

—Yo sé que le encanta salir por ahí —dijo Ariel, riéndose—.

Lo vi una vez en Cab.

—¿Ah, sí? Procuero evitar los bares llenos de norteamericanos.

—Entonces seguramente no le gustará mucho Star —dijo Molly.

Las ramas de los plátanos crujían, agitadas por el viento. De vez en cuando, veíamos en la calle a alguna pareja solitaria, o pasaba un taxi disparado. Aparte de eso, todo el alboroto lo teníamos a nuestra espalda, en el piso.

Ariel lanzó por el aire su cigarrillo, que trazó un arco y aterrizó en la acera entre un reguero de chispas. Me miró a los ojos y me dijo:

—Espero que venga esta noche, señor Silver. Sería estupendo salir de fiesta con usted. Pero, si no, nos veremos el próximo año en su seminario. Me han dicho que es un gran profesor.

Me fui a buscar a Mia.

En el trayecto, me tropecé con el padre de Mazin, un hombre apuesto con un traje negro de aspecto caro. Me dio la mano.

—Señor Silver. Me alegro de encontrarlo. Mazin se ha pasado el curso hablando de usted. Yo he tenido que viajar mucho. Siento que no nos hayamos visto hasta ahora. ¿Le falta algo?

Le dije que ya había comido, que todo estaba delicioso, que tenía una casa muy bonita.

—Mire, señor Silver, Mazin nunca había hablado de un profesor como lo ha hecho de usted. Ha cambiado mucho este año, y creo que en gran parte se debe a su clase. Es complicado vivir separado de tu familia y de tus hijos tanto tiempo. Es la naturaleza de mi trabajo, claro. Pero no deja de resultar complicado. El caso es que le estoy muy agradecido.

—Gracias por sus palabras. Su hijo es estupendo. Ha aprendido mucho este año. He llegado a apreciarlo de verdad. Tiene que sentirse muy orgulloso.

—Lo estoy. Lo estamos.

Sonreí.

—¿Otra copa de champán?

—Será mejor que no.

—Bueno, señor Silver, si alguna vez puedo hacer algo por usted, pídamelo, por favor. Como digo, le estoy muy agradecido.

—Con esta fiesta es más que de sobra.

Mia estaba en la otra punta del piso, en una habitación espaciosa reconvertida en sala de baile. Varias mujeres glamorosas bailaban descalzas, alzando los brazos hacia una araña de luz tenue. Un grupo de críos de seis o siete años se contoneaban alrededor. Había alumnos y graduados de la ISF siguiendo el ritmo y cantando. Mia bailaba en medio de un corrillo de chicas, entusiasmadas por su presencia.

Me apoyé en la pared y observé. De vez en cuando pasaba alguno de los chicos e intentaba sacarme a bailar. Me mantuve en mi sitio hasta que la madre de Mazin me tomó de la mano y me arrastró a la pista. Daba la impresión de que todos los invitados a la fiesta estaban acostumbrados a andar por allí, que aquello era algo cotidiano para ellos: familiares yendo y viniendo, gente circulando por la casa.

El ritmo de la música se aceleró. Alguien destapó una botella de champán con un estampido. Molly apareció a mi lado, me co-

gió de las manos y me arrastró hacia un grupito en medio de la pista. Ariel agitaba su pelo. Mike Chandler, que bailaba detrás de ella, me guiñó un ojo como si fuese mi tío, alzó su copa y dio un largo trago. Ariel se echó para atrás, apoyándose en él, me sonrió y cerró los ojos.

Steven pasó por mi lado y me dio un toque en el hombro.

—¿Qué hay, señor Silver? Trabajándose la pista, ¿eh? Me alegro, me alegro.

Finalmente, me abrí paso entre la gente y volví a salir al balcón. El aire nocturno resultaba agradable. Estaba algo mareado y no quería irme a casa. Me asomé a la calle. Cuando Mia me encontró, nos quedamos mirando los barcos turísticos que pasaban por el río. Sus focos barrían los edificios, iluminándonos, y los niños nos saludaban y gritaban desde la cubierta. Mia les devolvía el saludo. Permanecimos un rato en silencio. Luego ella me tocó el brazo e inspiró hondo.

—William —dijo—. William, William.

—Es precioso. Es demasiado.

—Sí.

Notaba que me miraba. Cerré los ojos.

—William —volvió a decir. Se había apretado contra mí; tenía la cadera pegada a la mía, su mano en mi brazo. Olía su pelo.

—¿Qué? ¿Vamos a salir con ellos? —pregunté.

No podía mirarla.

Yo quería volverme a casa caminando junto al río. Parar a tomarme una cerveza en La Palette. Pero era todo demasiado hermoso para irse a casa: el aire, las hojas susurrantes que ya iban pasando del verde al blanco, el rumor del agua, el sonido de una guitarra que nos llegaba desde el puente.

—Sí —dijo ella—. Vamos a tomar una copa.

Mia se fue al baño. Me puse la chaqueta y aguardé en el salón. La casa seguía llena de gente. Ariel estaba sentada en el suelo

con una chica que reconocí del colegio. Me observaron cuchicheando, hasta que Ariel me hizo una seña.

—¿Qué? ¿Se ha decidido? —dijo, alzando la vista y sonriendo.

—Creo que vamos a ir. Estoy esperando a la señorita Keller.

—Fantástico. Ah..., ¿conoce a Marie?

—No —dije—. Hola, Marie.

—Es mi mejor amiga en este mundo —dijo Ariel, a todas luces borracha.

—Encantado de conocerte. Quizá nos veamos luego.

—Vale, nos vemos —dijo Marie, mirándome a los ojos.

Mientras esperaba a Mia delante del edificio, el viento removía las hojas de los árboles. Parecía octubre, y no junio. Levanté la vista y vi gente asomada a los balcones, fumando. Sus voces parecían flotar en el aire. Me invadía el mismo tipo de euforia que había sentido repetidamente en las últimas semanas: esa sensación de estar justo donde quería estar, de haberlo conseguido pese a todo. El viento que subía del río y soplaba cada vez con más fuerza parecía elevarme por los aires. Me sentía dominado por una especie de impaciencia que solo estaba vagamente relacionada con la noche.

Alguien me gritó desde el balcón.

—¿Qué, señor Silver? ¿No debería estar ya en la cama? Es un poquito tarde para usted.

Hice una exagerada reverencia y ellos se pusieron a reír. Mia salió por la puerta con un grupito.

—¿Estás segura de que quieres ir? —le pregunté.

—Será divertido. Además, ya les he dicho que vamos.

Se volvió al grupito que estaba en el portal.

—Nos vemos allí.

—Dios mío, ¿usted viene, Silver?

—Eso parece, Molly. Eso parece.

Mia y yo tomamos un taxi. Había empezado a llover. El conductor puso el limpiaparabrisas y subió por la Rue Saint Jacques. Pensé en bajarme y volver a casa a pie.

Cerré los ojos y escuché el ir y venir de las escobillas por el parabrisas, el zumbido del motor, el sonido atenuado de Radio Nova DJ.

Colina arriba, cerca del Panteón, se agolpaban todos bajo un toldo azul, adornado con una sola estrella.

—Yo no entro ahí —susurré.

—Venga, camina.

Adentro, unas escaleras de piedra descendían al corazón del local, que estaba abarrotado de estudiantes.

Mia y yo encontramos un hueco en la barra.

—La mayoría son menores —dijo ella, inquieta.

—Ya me he dado cuenta.

—Esto no está bien. Quizá deberíamos marcharnos.

—Eh, tú has querido venir. Y no pienso irme sin tomarme una cerveza.

Eché un vistazo alrededor con aire incómodo.

—Ay, por favor, he de invitarlos a una copa sí o sí. —Molly, borracha y riéndose, miró por encima de nuestras cabezas para llamar la atención del camarero.

Inclinándose junto a mí sobre la barra, gritó:

—*Henri! Trois Screaming Orgasms, trois.*

Luego añadió entre risitas:

—Esto sí que es guay. No me puedo creer que esté saliendo con ustedes. Es total, alucinante, surrealista.

—No sé si es muy buena idea, Molly —dijo Mia, colorada.

—Señorita Keller, yo ya me he graduado. Ni siquiera soy alumna del colegio. ¿Cuál es el problema? —dijo, alargando la mano hacia los cócteles de aspecto lechoso. Levantó su copa—. Por el futuro —dijo, sonriendo—. Por nuestro futuro. Total.



La música subió de volumen. Alguien me tomó de la mano y me arrastró a la pista de baile. Estábamos todos muy apretados. Empecé a bailar. Pasaba gente por delante, caras que reconocía, sombras, luz y oscuridad. Percibía un leve sobresalto en la cara de cada estudiante, hasta que todos se convirtieron en gente, solo en gente en un bar.

Bailé con Mia; cuanto más borracha estaba, más decidida parecía a controlarme. Me di media vuelta. Apareció Ariel contoneándose. Apretaba sus pechos contra mí y echaba hacia atrás la cabeza sonriendo, alejándose y regresando.

Volví a la barra y me bebí una cerveza mirando a la multitud.

En el baño, permanecí un buen rato de pie con la frente pegada a los fríos azulejos.

Me abrí paso de nuevo hasta la pista, buscando a Mia, y me encontré a la amiga de Ariel. No recordaba su nombre. Ella me sonrió sin vacilar, sin artificio ni cálculo.

Marie.

Estaba bailando y la seguí al centro de la pista. Parecía que estuviéramos rodeados de miles de personas. Se apretó contra mi polla, que se puso dura en el acto. Cuando la sintió, empujó todavía con más fuerza, flexionó las rodillas y, lenta, hábilmente, frotó su trasero contra mí.

—¿Sabes con quién estás bailando? —le pregunté.

Se volvió para mirarme.

—Sí, señor Silver. ¿Y usted también sabe con «quién» está bailando?

Asentí.

—Felicidades —dije.

—¿Por qué?

—Por la graduación. Por graduarte.

—Ah, yo no me he graduado, señor Silver. Haré cuarto el año que viene. En la misma clase que Ariel.

—Joder.

Dio un paso hacia mí, pegando sus pechos a mi cuerpo.

—Usted decide, señor Silver. Lo entenderé, si quiere irse. Lo entenderé.

Su boca estaba a unos centímetros de la mía.

—Tengo que irme —dije.

—Vale —sonrió—. Si es así.

Se inclinó hacia mí.

—Deme su número. Dígamelo al oído.

—No —dije.

—Dígamelo al oído, señor Silver. Dígamelo. Por si acaso.

Salí afuera, al aire frío de la madrugada, y caminé lentamente por la Rue des Écoles. Hasta que —ya lo sabía— sonó mi teléfono.

—Voy a buscarle —me dijo.

Me detuve, me senté en el capó de un coche y aguardé. Una pareja borracha pasó por mi lado, riéndose. Les pedí un cigarrillo. Mientras soltaba una bocanada de humo, pensé en marcharme, en volverme a casa y no responder a las llamadas.

Entonces apareció descalza por la esquina, con sus zapatos de tacón en la mano. Tenía los ojos verdes y el pelo largo de un tono castaño rojizo.

Caminamos en silencio por la desierta Rue des Écoles. En el Boulevard Saint Michel, Marie echó a correr descalza y cruzó en rojo, riéndose, mientras yo aguardaba en la esquina, mirando cómo se movía en la otra acera, con los brazos extendidos y los zapatos bailando en sus dedos.

—Vamos —gritó, haciendo piruetas—. Vamos.

Cuando pasaron todos los coches, crucé el bulevar.

—Vamos —me dijo, cogiéndome del brazo. Allí, tras la mole de la École de Médecine, con las calles en sombras y los cines cerrados, estábamos más seguros. Marie se puso mi brazo sobre los hombros.

—Tengo frío —murmuró.

La atraje hacia mí. En la Rue Antoine Dubois me empujó contra la pared y me besó; su boca conservaba una calidez perfecta. Por un momento estuvo lenta y lánguida; luego se inflamó bruscamente, me metió la mano entre las piernas.

Y después se detuvo otra vez.

—Joder —dijo—. *Putain!* Me está volviendo loca.

Se apartó, caminó hasta la estatua de Vulpian y se sentó en los peldaños que hay detrás. Miré cómo se recostaba, apoyándose en los codos, con los pies descalzos sobre la fría piedra. Una pareja bajaba las escaleras desde la Rue Monsieur le Prince. Permanecí en las sombras hasta que desaparecieron. Entonces me acerqué. Ella me atrajo hacia sí; me agaché y sentí otra vez la calidez de su boca.

—No puedo —me dijo entonces—. Oiga, señor Silver, lo siento de veras, pero ahora no puedo hacerlo. No es que no quiera. Porque sí quiero. Todas las chicas del colegio serían capaces de matar por estar ahora en mi lugar, pero no es un buen momento, ¿vale? Tengo el periodo, y creo que si vamos a hacer esto deberíamos hacerlo, ya sabe, cuando todo sea, no sé, como es debido. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

Me miró. Tenía los labios manchados de rojo y dijo que mejor se iba, que mejor se volvía con sus amigos. En otra ocasión, dijo. En otra ocasión lo haremos como es debido. Ya me había demostrado de lo que era capaz y lo mucho que lo deseaba. Se me acercó aún más. Su aliento tenía el olor dulce del chicle que acababa de meterse en la boca.

—El año que viene, señor Silver.

Me dejó allí, en los peldaños. Miré cómo se alejaba.

—Adiós, señor Silver —cantó, agitando ambas manos y dando vueltas sobre sí misma, antes de desaparecer por la esquina.